

CANNIBALS

La tribu palpita y ruge en un claro de la selva. Tras la tupida maleza, el río se arrastra con desesperación buscando los anchos espacios azules. Las mujeres colocan piedras planas sobre las brasas de la hoguera apaciguada y extienden grandes hojas de plátano en una esterilla de junco trenzado.

Siguen los rituales en torno al cadáver asaeteado de flechazos. La sangre se ha secado sobre la piel oscura y rugosa, formando espesas costras en torno a las heridas. Es un khakhua, espíritu con forma humana que encendió con fuego las entrañas del joven Okubé, el valiente guerrero. Aquejado de fuertes dolores, el Korowai muere ahogado en su propia sangre. Pero en las inciertas horas de su última amanecida, con la muerte velando las pupilas erráticas, acierta a murmurar el nombre del infame khakhua que lo maldijo en un día de caza infructuosa.

Y allí está el brujo, rígido y helado, esperando su terrible destino. En segundos, los afilados machetes despedazan el cuerpo inerte del asesino y los trozos de sus extremidades, envueltos en las hojas tiernas de los plataneros, humean sobre las brasas devoradoras, al abrigo de las ardientes piedras. Los hombres y mujeres de la tribu acuden al festín, y, esta vez en silencio, hacen desaparecer en sus entrañas al maldito enemigo.

Yo también, en mis noches de fiebre y delirio, sueño con este terrible ritual en el que te arranco de cuajo el corazón, lo desgarró brutalmente con mis dientes y lo trago despacio, con fruición, para que su veneno mate este amor inmisericorde que me roe sin clemencia las entrañas.

M^a Teresa Morales Rodriguez

MARINA

Acodados en la proa del barco, contemplaron aquel mar de acero. Unas gaviotas sobrevolaron la embarcación con intenso batir de alas

.El aire era cálido y dulce como una caricia.

Ella lo miró a los ojos.

-Si me tiro ¿qué harás?

-No sé lo que haré – dijo el joven displicente desviando la vista hacia el horizonte.

-Entonces, salgamos de dudas. – y en un rápido y limpio impulso saltó la barandilla y rompió el helado cristal con un seco chasquido.

Él siguió en la proa y la vio bracear y agitarse en un círculo de espuma. Finalmente desapareció tras la temblorosa piel del mar. El joven encendió un cigarrillo y esperó que ella, caprichosa y excéntrica, lo sorprendiera con una estrepitosa aparición.

Cuando la ceniza le quemó los dedos recordó, con un estremecimiento, que aquella mujer no sabía nadar.

M^a Teresa Morales Rodriguez.-